

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS



Vázquez Montalbán, ganador del Premio Planeta 1979, con el editor, Lara, y el finalista, Quindones.

LIBROS

La buena literatura del gourmet

JUAN CRUZ RUIZ

ESTE país dejó en la berza su penúltimo monumento literario y gastronómico. Con Manuel Vázquez Montalbán salta las fronteras pirenaicas y se lanza a merodear entre los picos de Europa, mucho más allá de los Picos de Europa.

La de Manuel Vázquez Montalbán es una literatura que descubre el vino blanco frente a la bucólica contemplación que el español ha hecho del vino de rasgos duros, el tinto imprescindible a la carnaza que hemos usado para atizar el fuego de la imaginación.

Gracias al vino blanco, el personaje más vulnerable de *Los mares del Sur*, el memorable Pepe Carvalho, alcanza, frente a los

señoritos que le emplean, la sobriedad del detective de fondo, capaz de distinguir entre la verdadera historia de la novela policiaca y la historia que de la novela policiaca ha hecho la crítica habituada a adjetivar, como la burguesía hace cada vez que pierde el control de las cosas.

El vino blanco le permite a Carvalho, en su diálogo con los representantes de las sociedades capitalistas con quienes discute su caso profesional, mantener un silencio que la presencia del vino tinto, de cualquier cosecha, hubiera puesto al margen. Pepe Carvalho, espía, detective de cocinas y de su hígado, sobre el que manda, sólo bebe vino tinto con los artistas, que nunca le ame-

drentan y que siempre le dan risa. El la contiene, porque al fin y al cabo tiene un carácter tan adusto como el de Dashiell Hammett.

Los mares del Sur es la novela de un buen gourmet. No es sólo el vino blanco un símbolo recurrente de la transparencia del gusto de su autor. Hay, también, un detalle que debieron anotar los lectores atentos de Manuel Vázquez Montalbán. En una de las múltiples conversaciones de Pepe Carvalho con los colegas de Stuart Pedrell, el protagonista muerto de la novela, uno de ellos, el marqués de Munt, el de la voz hermosa, tersa aún más sus cuerdas para recordar a D'Amicis, quien en su libro *Cuore*

describe esta escena, contada así por el propio marqués: "... Una excursión campestre de Enrico, el chico protagonista, con otros compañeros de clase y entre ellos Procusa, el hijo de un albañil. Es precisamente el padre de Procusa quien les lleva de excursión y en un momento se ponen a comer y les da una rodaja de calabaza con salami por encima". Es, en verdad, como apunta el propio marqués, "una maravilla". "La alegría de la Naturaleza y de la comida espontánea". Literariamente, sigue diciendo el gourmet inventado, "no hay un acto de comer tan hermoso hasta Hemingway".

Manuel Vázquez Montalbán pasa de lo exquisito a lo inevitable para ofrecer una geografía. La calabaza con salami se alterna en el libro con el morteruelo ("de Cuenca, para ser más exactos"), para hacer en un momento del libro un monumento al buen gusto grosero que inventaron los españoles para desafiar al mal gusto refinado con que los ingleses quisieron hacer más eficaces los desayunos de los ejecutivos: Carvalho comienza su tarea de espía doméstico a las siete de la mañana, desayunando un par de huevos fritos con chorizo. Es mentira: Carvalho no desayuna eso, pero pronuncia el menú para epatar a un empresario a quien la grasa le parece un pecado y para quien las ojeras de Carvalho son la principal señal de identidad del crimen que con el estómago comete el detective, un ser de paladar primario que renuncia a la bechamel químicamente pura para comer unas berenjenas con gambas instantes después de hacer el amor. Es una novela llena de recetas, entre las cuales las citadas —las berenjenas y la receta que describe para situar el coito de Carvalho con la hija del personaje cuya muerte investiga— brillan con la luz que Vázquez Montalbán les arroja con sorna.

Los mares del Sur es una novela en la que la dramática ausencia de una meta proporciona al texto una escasez de nostalgia que el escritor ofrece como su contribución para que la nuestra deje de ser una literatura en la que la frustración anule al buen humor. Manuel Vázquez Montalbán.



bán asalta tanto los jugos gástricos del lector quizá porque sabe que, como el protagonista principal de su trama, los que se enfrentan a su libro son todos los Stuart Pedrell que alguna vez quisieron seguir a Eliot, a Pavese o a Baudelaire y viajar a unos hipotéticos mares del Sur, lugares de opio, catedrales sin asesinos en los que disfrutar el Condal del 6 sin pedir permiso con la mirada a quienes ofrecen en sus ojos la acusación lenta, inmisericorde, de los moralistas.

No es una novela moralista. Dios nos libre. No se hubiera sostenido una obra gastronómica siendo al mismo tiempo moralista. Es el ejercicio de un gourmet que recorre con iguales ojos lujuriosos el espacio de la comida, el lugar de la bebida y el terreno abierto del placer sexual. La combinación literaria de los tres elementos le dan a este libro el grosor suficiente como para servir de guía de cualquier viaje hipotético hacia los mares del Sur. Vázquez Montalbán estaría encantado si algún día escucha que uno de sus lectores se calentó con su novela arrojándola, rociada de vino blanco, a la chimenea de una casa de Palafrugell, donde al tiempo se cocía el mejor pan que hay para mojar en mortuero.

Era la novela que había esperar de uno de los mejores especialistas narrativos que hay en la España de esta década. También era el texto abierto, literario, que convenía a la época: en una España crispada, en la que escuchan los verbos y las banderas, Manuel Vázquez Montalbán introduce el sentido del humor y tiene la capacidad suficiente como para burlarse de la literatura, de la amistad solemne y de la política, sin quemar del todo ninguno de esos oblicuos sentimien-

tos. A mí la novela no me mantuvo en vilo, porque desde el principio parece ser propósito del autor sugerir al lector que recorra el libro mientras degusta un Condal del 6 o descorcha una de esas botellas de champán que ahora anuncian Cela, Paco de Lucía,

Nuria Espert y Adolfo Marsillach. Pero sí me proporcionó buenos momentos de entusiasmo, sobre todo cuando Pepe Carvalho abandona su sobriedad verbal y se decide a tomar café, un ejercicio que siempre había quedado ajeno al menú de *Los mares del Sur* y que se introduce, a cien páginas del final, como una mejora manifiesta del carajillo que había sido pedido unas líneas antes. El café apareció en otra ocasión, creo recordar, pero fue en un contexto en el que Carvalho lamentaba su amor por las bebidas, y cuando se bebe con arrepentimiento es como si se renunciara a un largo viaje.

Manuel Vázquez Montalbán

descubrió en sus personajes una de las contradicciones de la literatura española, y la definió en una frase: "Tal vez había descubierto que, aunque fuera al Sur, nunca llegaría al Sur". Un inconveniente metafísico que tan bien se sabe la historia, por ejemplo: la burguesía se instaló después de cuatro siglos de lucha; el proletariado lleva cien años tratando de hacerse un hueco. Stuart Pedrell, en la novela, quería llegar al Sur. La historia de Manuel Vázquez Montalbán lo sitúa muerto en la periferia de Barcelona. Para Stuart Pedrell, como para cualquiera, el Sur está en la periferia, es decir, en ninguna parte. ■

ADIOS A LAS LETRAS

Delibes y Aranguren

HAY seres solitarios a los que les florece un clavel blanco en el ojal. Son como esos cuadros de Cristino de Vera, que de tanto secarse junto a la nada, terminan abriendo entre sus pliegues los colores de una rosa seca, antigua, pero presente.

La presencia de Miguel Delibes en el reciente estreno que de *Cinco horas con Mario* se hizo en Madrid, me dio la sensación de un árbol. Había allí otro árbol castellano, José Luis L. Aranguren, pero ambos beben de distinta savia.

Miguel Delibes es la lengua, la vida cotidiana, la nada sólida que va surcando el camino de lo narrativo hasta hacernos creer que el señor Cayo, el de su disputado voto, no es otro que él mismo. Lola Herrera, la protagonista de la versión teatral de *Cinco horas...*, parecía el espejo en el que se reflejaba lo que Delibes debe oír que dice la sociedad española.

Aranguren, por su lado, es el pensamiento, la reflexión, y la sonrisa un poco perdida entre pliegues de saliva, un ser extraño a este mundo de la prosa. Yo en Miguel Delibes veo la prosa, la crónica de España, y en Aranguren tiendo a ver al poeta, al surrealista de lo que en realidad ocurre.

Sucede que uno es capaz de pensar que entre ambos personajes, tan arraigados a lo que ocurre en este país, se da una buena simbiosis de lo que es España, la que escribe, la que piensa y la que alguna vez se va al extranjero a recoger las setas que otros siembran.

En Miguel Delibes se da la soledad de la habitación sin paredes. En Aranguren se da la habitación, e incluso la múltiple habitación vallada, porque habita en ciudad grande y no renuncia a estar contaminado, por dentro y por fuera. Delibes se cuida más, pero hasta allí, hasta Sedano, debe

llegarle el ruido y la furia de lo que cuece Madrid cuando no hay estrenos y todo es sonrisa de carnaval contaminado.

Un símbolo de Aranguren son las piernas, esos seres que le son ajenos y que circunvalan sus fémures cuando se sienta y procura ocultarse a sí mismo en el sillón, como si quisiera ser varios. Miguel Delibes dobla, simplemente, el papel de fumar, el mismo que liaba el muerto de *Cinco horas con Mario*. De resto es rotundo, como un hombre solitario acostumbrado a disparar para estar en paz con los pájaros y con el monte.

Me gustó verlos juntos en la capital, recogiendo del aire eso que siempre buscan los escritores y que nunca hallan en el ambiente: una respuesta no perdida que luego ellos se esfuerzan en dar en sus libros, escritos entre ríos o entre ríos de plomo, olvido y desgana. Dos filósofos de signo distinto que algunas veces coinciden en los estrenos y en la calle, y deben decirse adiós como si nunca acabaran de llegar. Dos poetas cuyo silencio es tan rotundo como la palabra. ■ SILVESTRE CODAC.

José Luis Aranguren.

